

Carlos Pezoa Véliz

«Tiene la vida gestos terribles», me escribía Enrique Molina cuando le anuncié la muerte de Luis Caviedes, ese buen ilusionado que desafió la vida y apuró contra ella todas sus ironías, para caer en la primera encrucijada del camino.

¡Tiene la vida gestos terribles!... repetiame también yo, antes que el maestro apuntara esas palabras, hace ya cerca de un lustro, en la última ciudad alemana, al saber el desgraciado fin de este pobre poeta, que quiso volar tan alto, y que hubiera volado á no ser por el gesto imprevisto de esa vagabunda que siega las vidas más lozanas y apaga en flor tantos ensueños fecundos.

Un poeta que se ha ido á los veirtinueve años tiene algo de los aedas que, al morir en plena primavera, los griegos vestían de blanco y coronaban de rosas, y para quienes compuso acaso Menandro ese verso, que es un arranque de dolor cristalizado en una gota de diamante: «El mancebo amado de los dioses muere joven.» Cabe en el dolor de esa predilección de las divinidades todo el sentido trágico de las vidas tronchadas en plena fecundidad espiritual, cuando el ensueño espera acaso la madurez de los años para mostrarse en su más pura

forma, en su levadura más blanca. Es por esto que hay algo en nosotros que se revela ante el presentimiento del fin próximo; quisiéramos conservar siempre más tiempo, más allá, esa lucecita vacilante que se ha encendido en nuestro cerebro y nos encamina á través de los años como el peregrino de la leyenda que salió á caza de su esperanza y sólo se encontró con el sueño de la muerte. El poeta de *Alma chilena* tuvo algo de ese peregrino que creyó un día en el ideal acariciado de un sueño.

I

Hay en las poesías de Pezoa Véliz un fondo carnallescico de amargura que viene á ser como el ritmo interior espiritual del verso. Y es que la vida de este hombre, vaciada á borbotones en sus poemas, fué siempre una incógnita abierta hacia el porvenir, una tortura cotidiana en forma de hidra feroz que le robó las mejores horas á su ensueño. Siento que la esfinge me acecha, hubiera podido exclamar con Oscar Wilde; la esfinge que se yergue sobre las humanas cabezas como una sombra que viniera del más remoto pasado y se internase en la más lejana perspectiva de la muerte. ¡Pobre poeta!... fué un torturado por la quimera de la vida y, sin embargo, no vaciló en arrojarla como un puñado de rosas á través de la ventana. Como ese otro Lázaro triste, Pedro Antonio González, vivió siempre en el seno del dolor, hasta que un día la muerte se echó delante de él, en medio de su camino, y le cortó las alas.

Carlos Pezoa Véliz nació en 1879. Apenas si conoció otros padres que los de adopción. Vivió como una sombra errante veintinueve años, alejado del hogar desde pequeño, sin norte en la vida y siempre triste. Un día un tranvía aplastó á su padre verdadero, y la madre de sus entrañas sólo aprendió á conocerla en su lecho de muerte. Parece que su destino le había trazado de antemano esa ruta tortuosa y en él cumplía la venganza milenaria que las Euménides echaron sobre Edipo. Su existencia toda fué un calvario, hasta que en un hospital, San Vicente de Paúl, ¡su único palacio de otoño! entregó su espíritu el 21 de Abril de 1908, mes de las primeras lluvias y de las primeras violetas ¡Que el alma hermana de Pedro Antonio González le tenga cerca de ella, en su santa gloria, porque sufrió mucho y porque murió joven!

II

La piedad filial de Ernesto Montenegro, poeta entusiasta y talentoso, ha reunido sus versos casi olvidados en un volumen, *Alma chilena*, su obra única y el mejor timbre de su gloria.

Los primeros versos del poeta están preñados de un erotismo malsano, violento á veces hasta los alaridos del deseo, sedante y tranquilo otras veces hasta la pasión romancesca. Si el poeta siente el amor, no es esa sed insaciable de idealismo ó ese dulce sopor que apenas si llega á flor de labios cuando se desflora; el suyo es el erotismo violento y refinado de la carne joven; el paganismo redivivo

del sátiro que se coronaba de mirtos bajo las viñas de Grecia. Su temperamento hurafío contradice la regularidad tranquila del ensueño, y afirma, en cambio, los arranques de la violencia y del gesto agresivo. Junto á la nota alada, leve y grácil,

Y un parrón viejo, cuya fronda densa
deja pasar á Dios, que llega en una
ansia de comprender esa alma inmensa
que hay en la luna...

apunta el verso irónico, amargo y sensual hasta la impudicia:

Cuando te miro en angustioso ayuno,
siento un deseo á cuyo tacto vibro:
devorar tus encantos uno á uno,
cual se leen las páginas de un libro...

ó la estrofa ardiente, fresca y retozona, como esa maravilla de su *Noctámbula*:

Día no hay que tus gracias no me arroben.
Te he visto con los brazos en cadera,
cual recio cántaro de carne joven
rebotante de luz y primavera.

En estos versos está todo el lírico de los veinte años, que nacía llevando en una mano un tirso florecido y en la otra un corazón ensangrentado. Es el buen poeta que en medio de sus gritos de angustia solía dar al viento carcajadas alegres. Como todo gran sensual, comenzó siendo un platónico, una buena alma ilusionada por las maravillas del amor que se le entraban por los sentidos con el sol y las explosiones de la primavera. Años más tarde, ya en pleno invierno de una juventud prematura, su corazón marchito agonizaba huér-

fano del amor eterno que tanto había esperado su alma de niño. ¡Pobre poeta!

Sus primeros versos traicionaban el porvenir de su poesía, y más que sus versos esos cuadernos desarreglados de sus memorias escritas por un *Loco Joven*, demasiado loco y demasiado joven.

En aquellos renglones inquietos, angustiosos á veces en su misma alegría, adivinamos todo el desborde, contenido antes, de lujuria enfermiza que palpita en su carne. Entonces, mozo imberbe aún, no sabía de aquella verdad sideral que expresó Mallarmé en un poema corto,

La chair est triste, hélas!...

y fué esa tristeza profunda de la carne, esa tristeza que los refinamientos del cristianismo han purificado más y más en su cárcel de espanto, su peor enemiga, el acicate de una imaginación enferma de voluptuosidad. A los diez y ocho años Pezoa Véliz no podía contener en él los arranques terribles del sátiro que todos llevamos dormido, y si sus ojos buscan un encanto desflorarán con inauditas audacias el secreto de las formas que ritman la caricia al compás de las venas; porque su sensualismo vence á su voluntad y triunfa sobre ella. Y así me figuro siempre á este joven portalira, transformado en un chivo blanco, el chivo de la consejera, que murió de sed al pie de la estatua de Afrodita.

La parte más reducida de su obra pertenece á esta época de juventud... *La chair est triste, hélas!...* y él llegó á saber como nadie al fin todo el dolor de esa tristeza. ¡Pobre nuevo Lelián atormentado al nacer por la serpiente de la lujuria! Apenas si transcurrió su vida entre dos gestos agrios: uno de

eterno desconsuelo ante ese amor que en toda su pureza no conoció nunca y otro de hastío y desolación. La tiranía de su fatal estrella le hizo nacer solo y andar huraño y triste. Al final de su jornada había de cristalizar su vida en dos versos, cortantes y sutiles como una hoja de acero:

...y siento que las cosas y los hombres
me son heladamente extraños.

III

Fácilmente se advierten en la lírica de Pezoa Véliz dos corrientes, que sin ser opuestas, se distinguen y jamás confunden sus aguas. En la primera apunta el cincelador, el poeta orfebre que ha leído mucho á Rubén Darío y á Pedro Antonio González, cuyo ideal parece cifrarse en la busca de versos armoniosos y de consonantes raros. Su afán se traduce en un esfuerzo vigoroso por hacer

de la musique avant toute chose,

aun cuando esta música no provenga directamente de un estudio propio, sino que más bien de reflejo. Sin embargo, en estos instantes de gimnasia retórica, suele dar con efectos de armonía admirables, dignos del maestro de *Prosas profanas*. Oigamos tres estrofas, cogidas al azar, en ese heráldico *Pergamino clásico*:

De frac y guante blanco, con paje y escudero,
á la moderna justa penetra el leal doncel;

las flores han cantado las glorias de su acero,
las damas le enaltecen, las aves hablan de él.

Su feudo es grato. Baten en él las serenatas
como calandrias nuevas sus alas de cristal;
las cláusulas afinan sus ocarinas gratas
y su violín de plata ensaya el madrigal.

Cuando las odas cantan, la selva se atolondra,
el rígido soneto deslie su opinión;
la silva dice ufana: «Soy prima de la alondra»,
el sonetín se cree pariente del gorrión.

¿Se puede pedir algo más bonito y más armonioso? Pero entiéndase; nada más que bello y elegante. Se lee y queda perdurando en el oído el ritmo del verso como una encantadora romanza italiana, alada, grácil y llena de espiritualismo pintoresco, vaciada en moldes de cristal. Digno hermano también de ese pergamino siglo XVIII, se dijera escrito por un poeta *galantuomo*, es aquella homilía lírica *San Ignacio, poeta y confesor*, en la que se adivina no sé qué intencionada ironía, aguda y penetrante como la lámina de un estilete florentino:

San Ignacio, padre excelso, protector de la azucena,
fué en el mundo el visionario de la luz *Leonardo Pena* (1)
las hormigas microscópicas dél dijeron todas que era
una alondra inverosímil, una cosa majadera.

Pero arriba, donde tales insectillos nunca salen,
claramente se oye el alba: «San Ignacio Pérez Kallens»,
y la voz que ruega es clara como un roce de cristales,
voz de riacho que desciende por los agrios peñascales.

(1) Seudónimo del escritor chileno Ignacio Pérez Kallens.

Como todo buen poeta, siempre ensayó Pezoa Véliz equilibristas retóricos que le encaminaban lentamente hacia el dominio de su forma definitiva. Tal vez á haber vivido diez años más hubiera renunciado á muchos de esos sus juegos malabares de vocablos que nada agregan á su obra, á no ser cierta facilidad de técnica. La influencia de su época y esa moda perjudicial que exaltó el verbalismo hasta los peores vicios, tuvo en Pezoa Véliz un seguidor fiel, y á ratos ahogaba al verdadero poeta, al lirico esencialmente realista y emotivo.

Pero es en la segunda manera de su poesía donde encuentro al poeta inolvidable, al gran torturado que escribe versos incorrectos, canallescos, pero llenos de una emoción muy honda, de esa emoción que proviene de la amargura que anuncia como un presentimiento reflejo el paso tardo de la muerte: Baudelaire, ese enorme y nunca bien ponderado genio del mal, como le llamara cierto crítico inglés, que escribió las estrofas más amargas que jamás concibiera cerebro de lirico alguno, tuvo á ratos también esas corazonadas de su destino de que habla el cantor. Desgraciadamente, Pezoa Véliz apenas si conoció poco más que de nombre al autor de *Las flores del mal*: á haber penetrado bien en el alma atormentada de sus versos, hubiera tenido á quien llamar un hermano en la amargura de la desolación interior.

Pezoa Véliz ha aportado á nuestra lirica una emoción penetrante y dolorosa que sólo encuentro en los versos de Magallanes y Jara. Pueden otros ser más líricos que él, Silva, por ejemplo, que ante todo es un imaginativo derrochador de pedrerías, un rosal siempre florecido de ensueños y de versos; pero más intenso en el sentimiento y más sobrio en la comprensión, eso jamás. Pezoa Véliz tuvo intui-

ciones geniales de gran poeta, vislumbró ciertos aspectos de eso que Mæterlinck llama el *trágico cotidiano*, tal vez porque cada hora que pasaba caía en su espíritu como una gota de hielo. Su pobre corazón enfermo estaba más abierto que ningún otro á todos los vientos de la humana miseria. Y fué en esos instantes de abatimiento cuando brotaron las mejores estrofas de su imaginación, aquellas que dejan ver como en un vaso de cristal el fondo de su espíritu. Escribe entonces al azar, más desilusionado que nunca; escribe con sangre porque sabe, con Nietzsche, que la sangre es espíritu. Pongamos el oído atento á esa música que pide silencio y tristeza para ser oída mejor:

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve...

Y, pues, solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto á mi, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve...

Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

Este poemita diminuto es admirable como sencillez comprensiva. Pocas veces con menos recursos y con tanta simplicidad de dicción logró un poeta expresar un tan completo estado de ánimo, sugerente y comunicativo, purificado en el molde

de oro de diez y seis versos. Y es que en él consiguió vaciar la angustia Dios sabe de cuántos dolores contenidos que en un rato propicio llegaron á flor de labios en el arranque de la desolación más amarga. Se diría que tales gritos líricos responden á la influencia opresora de la tortura íntima, á esos desgarrones del espíritu que parecen borbotar sangre tibia. Quienquiera que haya leído *El pintor Pereza*, ¿no se habrá penetrado de todo ese hastío que fluye de un corazón cansado de latir, de esa fatiga que cierra el broche de este bostezo de neurasténico genial?

La vida... sus penas. ¡Chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre. ¿Por qué? ¡Por que sí!
Se sufre... se sufre... y así pasa un año
y otro año... ¡Qué diablo! la vida es así.

Aquí está el poeta retratado en su propia biografía sentimental. Y este es el verdadero lírico de *Alma chilena*, que si un buen día descubrió en el pobre roto inconsciente á un hermano de corazón, es porque en él ha encontrado un reflejo de su propia vida, errante, canallesca y triste hasta las peores miserias. Sólo así se comprende esa su penetración del sentimiento popular que en su libro borbotaba y rebalsa hasta el borde de la copa del verso. Entero, en cuerpo y alma, está ahí dentro el gañán, ingenuo siempre, grosero, mordaz é irónico, como compasivo y tierno hasta los más bellos arranques si llega el caso. Si un vasco desalmado abandonó un día á su mujer y á sus hijos al llegar á América, y si ella costeó la charla un rato desenfadada del grupo que se solaza con la tristeza de todos, no faltará luego uno de entre ellos que se compadezca y haga silenciar sus voces:

Hablaba Agustín: «Güeno, ahora
¿por qué hermanos no ayuarla?»
Pensaban todos (la aurora
venía ya). Arrulladora
fué atristándose la charla.

¿Por qué no ayuarla? ¿Acaso
lo ejarian pa mañana?
Pa su mantención, pa un vaso
estaba aun robusto el brazo
del bravo Lucho Orellana.

Tal es el poeta que esperábamos de Pezoa Véliz, el poeta maestro, chileno de alma y corazón, que años antes se había anunciado gloriosamente en *Pancho y Tomás*. En el propio desaliño de algunos versos suyos de esta época se advierte cierta honrada despreocupación que justifica la negligencia de su vida y de su obra. La conciencia de llegar á ser el poeta de Chile, el cantor del pueblo, le desveló en sus postreros años; y hubiera alcanzado á realizar enteramente su sueño, á no impedirselo la que corta los saltos á los más fieros leones, como dijo Rubén Darío. Todos sus aciertos de poesía autóctona son admirables en fuerza de ser sobradamente sencillos y simples; el verso conserva siempre el sabor canallesco que caracterizaba su temperamento, resentido por una misérrima vida que no pudo despertar más ideal en él que el del propio abandono. Y otra vez más en la existencia de un poeta se ha venido á cumplir aquella máxima que imponía la necesidad del dolor; así sólo supo estar solo y triste este pobre niño loco, alumbrado por la más divina locura.

IV

No fué Pezoa Véliz un lírico precoz. Después de los veinticuatro años se notaba ya en él cierta seguridad sobre el dominio del verso, que le ha hecho pasar largos ratos de tortura. Sin embargo, á pesar de su conciencia de objetivación que se ha ido formando con lentitud, quedan en él resabios del lírico de los veinte años, ya sea en el abuso de las metáforas, ya en el desarreglo perjudicial del verso, en la pobreza lamentable del lenguaje. Su escasa cultura y cierta altivez de escritor joven se revelan en él ante los caprichos de la retórica y ante la tiranía de la gramática: escribe porque lleva sus versos hechos interiormente, porque cantan dentro de su corazón como zorzales de ensueño y le deslumbran como mariposas de oro. En ciertas ocasiones, y generalmente después de una lectura provechosa, se desvive puliendo las estrofas con amor parnasiano: quiere hacer suyos los consonantes ricos y que el verso se ductilice hasta la musicalidad más acabada. Pero la irregularidad de un carácter ajeno á toda disciplina viene á interrumpir la labor del estudioso, y entonces el lírico desdobra su personalidad en arranques de un efecto humano que no se contienen y limitan ante medida alguna. Los versos fluyen, retorcidos, ásperos, con algo de esa emoción subconsciente de los grandes temperamentos; se diría que tiene toda la tornadiza irregularidad del alma popular, el sabor de la tierra chilena, amarga y triste, y ese apacible fata-

lismo del pobre roto espoleado: *Nada, Pancho y Tomás, El organillo ó Alma chilena* son, en este caso, un símbolo colectivo de la raza. Hay en ellos tal penetración psicológica y tal vigor emotivo, que los arreos de la estrofa se olvidan, y pasa á través de la fábula de los poemitas un soplo angustioso de nostalgia y de ensueños sentidos hondamente. Porque el poeta, que había compartido con los humildes largas jornadas de miserias, supo como nadie de todas las angustias de esas existencias caprichosas y estaba penetrado de su realidad dolorosa. Y es por esto que su poesía respira cierto olor á tierra húmeda, á tierra fresca de poblachos abandonados; tiene los retorcimientos del alma bravía de los paisajes del Norte; vigorosa, cambiante y bárbara como ellos; se dijera una maravilla crecida en un huerto cerrado, uno de esos huertos humildes perdidos en el último rincón campesino. Es chilena hasta en sus desarreglos, y sobre todo en el humor picaresco de su vocabulario y de sus expresiones sencillas hasta la ingenuidad, lo cual no impide al escritor, cuando lo pretende, abandonar ese dejo agrídulce para componer versos apacibles y castizos como los de nuestros mejores poetas: así el poemita anecdótico *Una astucia de Manuel Rodríguez*, chispeante de ingenio, versificado con una soltura y una riqueza de consonantes que constituyen una *trouvaille*. Es admirable por todos conceptos el espíritu irónico y realista que campea en él; la comprensión del paisaje y la alegre bonhomía sanchesca de ese hermano santurrón que más tenía de discípulo de la gula que no de olor de santidad y que después de deleitar el gaznate reseco con el sabor de la baya se entrega al descanso arrullador del campo:

Fray Alonso bajábase. Cerca había un remanso de apacible frescura; la morriña del néctar, no sé qué de ternura impregnaba en las cosas de los campos agrestes, se adhería en las plantas, empapaba el ramaje, los parleros arroyos, los espacios celestes y el solemne mutismo del solemne paisaje.

En sus postreros años Pezoa Véliz se había dado por entero á su obra de hacer sentir en la poesía el alma autóctona y primitiva del pueblo, con todas las excelencias y las flaquezas que tienen el encanto tradicional de las costumbres chilenas del gafián; lo hubiera conseguido enteramente á no ser por esa vagabunda que se interpuso en su camino y le cortó las alas.

Fernando Santiván

Hace ya algunos años leí con sincera fruición un cuento de Fernando Santiván que dejó en mi espíritu la huella de una amargura imborrable. Había en él tal poder evocativo, una comprensión tan religiosa de lo trágico, que, poco á poco, fué cobrando en mí la extraña proporción de una pesadilla. Hasta ese entonces no había leído casi nada de Santiván; en cambio, sí que me sabía de memoria no pocas reminiscencias de su vida, detalles dolorosos de un alma atormentada que, con el tiempo, me habían de explicar claramente el verdadero espíritu subterráneo de *El vengador*.

En un pueblucho miserable de la frontera, cinco años después del suicidio de don Eduardo, se han reunido en torno del tapete verde hasta una docena de jugadores de bacarrat. Es de noche. Comienza á caer la lluvia. Se entabla un diálogo cortante, frío, lapidario. Uno de los contertulios sale en busca de su capote. Todos esperan á alguien que debe llegar inevitablemente. De improviso, se entreabre la puerta y aparece el huésped deseado, el argentino terrible, cuya fama de hombre afortunado en las cartas atemoriza hasta á los más expertos. El fué quien arruinó á don Eduardo, el suicida, cuyo